

CLAVES PARA TURQUÍA

nómicas y políticas siguieron siendo las mismas, y una incipiente industrialización no consiguió variarlas. Con el final de la guerra tomó el poder Menderes: la dictadura se hizo tiranía. Era la época en que el nefasto Foster Dulles —aún no nombrado secretario de Estado, pero ya consejero y funcionario importante— dirigía la aberrante política de asegurar las fronteras exteriores de los Estados Unidos por la colocación de tiranuelos en los países-clave, política que tanto daño iba a causar al prestigio y a la imagen de los Estados Unidos en el mundo. Menderes fue uno de estos tiranuelos y sometió al país a toda clase de sevicias, corrupción y pobreza. Estaba ya entrando el mundo en la época de las ficciones de la posguerra y Menderes hizo la ficción de respetar la memoria y la obra de Atatürk, pero su conservadurismo y la función para la que había sido designado le llevaron a un regreso invisible al islamismo (como «esencia de la tradición»). En 1960 le derribó un golpe de Estado de militares liberales (Gursel): Menderes fue detenido, juzgado, condenado y ahorcado. Parecía entonces como si la democracia tanto tiempo perseguida iba a instalarse en Turquía: en 1963, cuando cayó el Gobierno de Ismet İnönü —otro gran jefe histórico—, se dijo que era la primera vez que un Gobierno era derribado por medios civiles parlamentarios. La segunda vez, y la última, por ahora, fue cuando su sucesor, Uğurplu, perdió el poder por las elecciones de 1965 y fue sucedido por Demirel, que acaba de ser derribado por el golpe de Estado.

HACIA esa época comienza la descongelación de Turquía. Los primeros intentos serios de neutralismo. La «crisis del Caribe» (1962) produjo un pacto secreto (sus protocolos no se conocen aún y, generalmente, las fuentes oficiales niegan que existiese nunca) por el cual la U. R. S. S. renunciaba a la instalación de armas nucleares en Cuba y los Estados Unidos retiraban sus cohetes atómicos de las bases turcas. Este inicio de la coexistencia parecía muy importante en Turquía y, por primera vez desde el final de la guerra, los Gobiernos turcos iniciaban una suave amistad con la U. R. S. S., que iba luego a fortalecerse con

OTRA vez las armas de la O. T. A. N. han servido para modificar bruscamente un régimen político. Los tanques americanos manejados por el general Memduh Tagmac han representado en Ankara un papel semejante al de los tanques americanos manejados por Patakos en Atenas, 1967. El Tratado del Atlántico Norte (1949) formaba esta enorme agrupación militar entre países que deseaban «salvaguardar la libertad de sus pueblos» y garantizar los principios de la «democracia, las libertades individuales y el reino del derecho», asegurando la seguridad «en la región del Atlántico Norte». Lo que sucede ahora en el más lejano fondo del Mediterráneo —lejano con respecto al Atlántico Norte— guarda estrecha relación con los verdaderos objetivos de la O. T. A. N., aunque desdiga flagrantemente su doctrina, que se convierte en simple licencia lírico-política. Basta con un vistazo al mapa de Turquía. Fronteriza con la U. R. S. S. y con Bulgaria por el Norte, guardiana del estrecho de los Dardanelos, por donde la flota soviética baja al Mediterráneo, tocando el Oriente árabe por sus fronteras con Siria y el Irak, engolfando Chipre, a Turquía le sucede la inmensa desgracia de ser una pieza geográfica de primera importancia para la estrategia global de los Estados Unidos (esto es, de la O. T. A. N.). Ocurre que desde hace muchos años, desde la posguerra, intenta zafarse de esta desgracia y sacar de su territorio soldados, aviones, barcos, cohetes, bombas y agentes de los Estados Unidos. No es probablemente una cuestión política, sino un problema de miedo. Hace algunos años fui testigo en Turquía de una de las frecuentes olas de pánico que la invaden, como consecuencia de una crisis internacional en la zona, y era impresionante: las gentes apretaban en sus ventanas los cierres de madera para protegerse de lo que suponían un inminente ataque atómico soviético (el miedo tiene vertientes cómicas, pero es siempre una tragedia). Los grupos que tienden al neutralismo cuentan generalmente con esa adhesión de la opinión pública, pero, naturalmente, tienen pocas posibilidades de acceso al poder.

EN realidad, las desgracias de la Turquía moderna —por no relatar ahora el despotismo asiático de las épocas anteriores— comienzan con la caída del Imperio otomano. Vino una República (1923) y comenzó la dictadura de Mustaphá Kemal Pachá, que para democratizarse perdería después título y nombre para llamarse Kemal Atatürk. Atatürk: literalmente, «Padre de los Turcos». He aquí una dictadura, por lo tanto, paternalista. Kemal quiso modernizar el país y confundió modernización con occidentalización: suprimió por decreto la religión musulmana, declaró laica la República, prohibió los trajes tradicionales —fex o turbante, velo femenino, caftán...—, cambió el alfabeto tradicional por el latino, trasladó al domingo la fiesta de los viernes y, en resumen, creó tal confusión en las costumbres, las mentalidades y la cultura que el pueblo llano no ha conseguido superar jamás. Sobre todo, porque las condiciones eco-

Desde la posguerra, Turquía intenta zafarse de la desgracia de ser una pieza geográfica de primera importancia para la estrategia estadounidense y sacar de su territorio soldados, aviones, barcos, cohetes, bombas y agentes de la O. T. A. N.



e. haro tecglen

viajes mutuos de alto nivel. Muchos comentaristas han creído que esta tendencia oficial al neutralismo en Turquía fue la verdadera causante del golpe de Estado militar en Grecia en 1967. Si efectivamente Turquía y Grecia se hubiesen inclinado hacia el neutralismo, los Estados Unidos hubieran perdido sus mejores fortalezas en el Mediterráneo oriental. No era solamente el problema de una defensa frente a la U. R. S. S., sino de todo el mecanismo de acción de los Estados Unidos sobre los países árabes, la defensa de Israel, el mantenimiento de las bases de Chipre y un grave principio de descomposición de la O. T. A. N. ya iniciada por el «descompromiso» (búscase en esta palabra un eufemismo de «retirada») con la O. T. A. N. servía de estímulo y de ilusión a países como Grecia y Turquía.

SERIA un error por todo ello creer que Soleiman Demirel era lo que se llamaba un demócrata en relación con la imagen con que idealizamos a ese personaje de ficción que es el gobernante demócrata, pero sí lo era con relación a Turquía. Sus fallos se encontraban, principalmente, en la pobreza de las estructuras económicas, la herencia de los años de confusión, la presión de los Estados Unidos y la de la U. R. S. S. y la falta de costumbre de transigir con la libertad de los grupos oligárquicos. Sin embargo, Demirel, de acuerdo con las nuevas líneas de la democracia aparental, permitía la existencia de los grupos de oposición, de los neutralistas y moderaba en todo lo posible la «mano dura». Sus huelgas, sus disturbios estudiantiles, sus rebeliones intelectuales eran más bien menores con respecto a otros países que no han necesitado salir de su legalidad constitucional para reprimirlos. No parecían justificar la frase consagrada que han utilizado esta vez los golpistas turcos, como tantos otros la han utilizado en tantas circunstancias de otros países: «La continua actitud del Gobierno y del Parlamento han llevado a nuestro país a la anarquía fratricida y al desasosiego social y económico...». No ha sido preciso esta vez acudir a la «amenaza del comunismo», puesto que el único partido marxista del poder (el Partido Turco del Trabajo) no ha superado nunca el 3 por 100 de los votos en las elecciones. Sin embargo, veintitrés de sus directivos han sido encarcelados inmediatamente después del golpe (se les ha aplicado una ley que había sido promulgada para evitar el renacimiento de un partido nazi).

LOS sucesos inmediatos que han servido para esta acción tienen un carácter escénico interesante. Cuatro soldados de la Aviación americana fueron secuestrados por un supuesto Ejército Popular de Liberación, que reclamó un rescate de 400.000 dólares. El Gobierno —presionando ya por los «duros», amenazado si se mostraba negociador y estimulando por los propios Estados Unidos a no ceder— se negó a pagar. El coche de los aviadores americanos fue encontrado precisamente junto a la Embajada soviética —como si se pretendiese, ingenuamente, implicar así a la U. R. S. S.— y la Policía encontró, en sus pesquisas, no a los supuestos secuestradores, sino un impresionante depósito de armas y explosivos en una Universidad. Poco después, los «terroristas» entregaban, sanos y salvos, a los cuatro secuestradores, renunciando al secuestro. ¿Es un episodio verdadero de una iniciación de guerrillas? ¿Era una manobra de los «servicios especiales» de Demirel para mostrar que su Gobierno no es tan blando y conseguía desbaratar una acción terrorista sin ceder a la petición de rescate? ¿Era una provocación de los golpistas para iniciar su acción? ¿Era un montaje de la C. I. A. para provocar el estallido? ¿Se mezclaban dos o más de estos elementos en el suceso?... Preguntas, por ahora, sin respuesta teórica. Pero con una respuesta práctica. El golpe se ha dado y las normas del manual del perfecto golpista comienzan a cumplirse: acusación de anarquía y de blandura contra el Gobierno, dimisión de éste, creación de una Junta que se llama a sí misma provisional, disolución del Parlamento, anuncio de próximas elecciones generales para dar al país su verdadera fisonomía política...

Y, sin embargo, es muy posible que este «golpe» no sea tan duro en apariencia como el de Grecia. Es decir, que aproveche sus lecciones. El régimen griego se ha hecho «antipático» y ha molestado en Europa y en el seno de los puristas de la O. T. A. N. El nuevo sistema turco puede estar más encubierto. La frontera soviética y el mar Negro no son puntos convenientes para crear un estado áspero. Dentro del Ejército turco hay un gran número de oficiales de graduación media, de suboficiales y de soldados con amplio espíritu neutralista y aperturista (alguna versión dice que los golpistas conservadores se han adelantado así a otros golpistas militares liberales). Todo ello hace pensar en que a la larga o a la corta las circunstancias turcas lleguen a derivar en un régimen de corte presidencialista, del género de la democracia-ficción. No parece que la oposición cuente por ahora con fuerza suficiente como para oponerse: los cuarenta millones de turcos han asistido impasibles a la caída de Demirel, que no era personaje amado por la izquierda ni por la derecha. En cualquier caso, la estrategia mediterránea oriental de los Estados Unidos-N. A. T. O. ha salido muy reforzada, y Washington-Tel Aviv pueden considerar con una amplia sonrisa lo que acaba de suceder. Las armas de la O. T. A. N. han resultado, por segunda vez, eficaces en la zona.

La Capilla siXtina

LOS PROBLEMAS DE MUNDOVISION

La *Revue des Recherches* presque inútil promete la edición de un número extraordinario dedicado a la telecomunicación. A Menelao el Areopagita le han encargado un escrito sobre la televisión en Grecia, en su calidad de intelectual exiliado de la Grecia de los coroneles, Onassis y Jackie Onassis. Otro de mis amigos, el calificado Marco Antonio Alfonso, ha recibido el encargo de estudiar la influencia del telefilm americano en la novela policial de García Pavón. Yo tengo en mi poder un encargo más peliagudo: tengo que proponer y justificar la primera pareja de presentadores para el primer «show» periódico regular de la Mundovisión. He repasado todos los estudios de semiología de que dispongo, todos mis ficheros sobre las personas que sé o conozco descompuestas en signos y sigo ante un verdadero problema. Primero pensaba proponer al matrimonio Khan (el Aga Khan y su señora), pero ella evidencia en demasía la esencia y existencia de su ricura y un on y un ontos demasíado boyantes alejan más que acercan al espectador medio.

No se me escapa la importancia de copar tan alta magistratura visual. El poder uniformador de la «tele» alcanza al mundo entero, serán dos rostros millonariamente repetidos en las conciencias de todos los espectadores. Los niños crecerán con esos rostros en el cerebro, en el estómago, en el corazón y en otras zonas del cuerpo que no vienen al caso. Todos los semantemas de la pareja serán imitados, incorporados al vestuario, al gesto, al lenguaje hablado, a los vicios mentales de centenares de millones de espectadores. Es una gravísima responsabilidad.

Algo condicionado por mi adolescencia neorrealista, pensé durante varios días en la posibilidad de encontrar dos cuerpos anónimos entre la multitud, someterles a una preparación adecuada y después lanzarles a la tarea. Pero el presentador, mucho más que el actor, requiere una tecnología muy codificada. Podemos transigir con el relativo principio de que el actor nace y además se hace. Pero los presentadores de televisión, con apenas una tradición histórica de treinta años, de momento no nacen: se hacen. Sin ir más lejos, el matrimonio de Laurita Valenzuela, después de quince años de noviazgo con Dibilidos, ha planteado un problema serio a Televisión Española. Pero no hay mal que por bien no venga y se llegó a esperar que Emma Cohen, la ex musa «underground» y la universitaria concienciada durante el mayo francés, fuera a formar pareja

con Tony Leblanc en la presentación del programa de la noche del sábado.

¡Helas! Emma Cohen. Como español me siento obligado a presentar candidatos de mi país. ¿Por qué no proponer a Emma Cohen el papel femenino en Mundovisión? Hay que abrirse al mundo. De la misma manera que nuestro ministro de Asuntos Exteriores viaja en un año más que sus colegas anteriores en toda la vida, hemos de perder el respeto a las fronteras y exportar naranjas y valores individuales; por ejemplo: Emma Cohen.

Pero sigue el problema sobre el presentador. ¿A quién propongo? No sé qué tal se lo tomarán las Asociaciones de la Prensa del país, pero yo me inclino por Emilio Romero. Estoy casi completamente decidido a proponer a Emma Cohen y Emilio Romero como presentadores del primer «show» de variedades de Mundovisión. Creo que sería una jugada política de primera categoría, un definitivo intento de demostrar al mundo entero que España cambia de cara. No es que yo niegue representatividad al rostro de Lola Flores, pero creo que en la actual coyuntura internacional nos interesa más la cara de Emma Cohen, que está a la altura de las restantes caras del escaparate nacional. Y en cuanto a Emilio Romero, sin ser un prodigio de fotogenia, tiene ese aire inquietante y sibilino que distinguió en sus mejores tiempos (¡ay, ya idos!) a la Compañía de Jesús, unido con un tonillo agresivo que el señor Romero debe conservar de sus tiempos nacional-sindicalistas y, para completar, amalgamado todo por ese bien llevar de la camisa blanca, que distingue y distinguirá siempre (como un semantema inapelable) a los tecnócratas con minuta de postín. Siempre he tenido una debilidad, algo malicioso, es cierto, por Emilio Romero y su arte de convertir los saltos mortales con patada a la Luna en «ballet» del bueno actualizado, incluso con sus gotitas de «strip-tease» a treinta metros de la red.

Y no comprendo a sus detractores. Si la *Revue des Recherches* presque inútil en lugar de pedirme consejo sobre presentadores de Mundovisión me hubiera hecho la más modesta pregunta de quién puede traducir mejor en su rostro, maneras y palabras la política a puerta cerrada del país, la respuesta era evidente: Emilio Romero.

Y mientras los americanos controlen los satélites de telecomunicación no creo que pueda haber ninguna diferencia entre la política a puerta cerrada de Mundovisión e Hispanovisión.

SIXTO CAMARA